

Para sumarnos de algún modo a la conmemoración literaria del II Bimilenario del poeta latino Virgilio, fallecido el año 19 a. C., nos ha parecido oportuna la publicación de una nueva versión de las Bucólicas, precedida de una Introducción que facilite al lector la interpretación y sentido de las mismas.

De entre ellas hemos elegido de momento la Primera y la Novena, de clara conexión ideológica, y que tan claramente aluden al plano histórico de la vida del poeta.

No sería un despropósito solicitar de quien tenga autoridad para ello que se recomendase para este curso que ahora se inicia, 1981-82, la lectura latina de las Bucólicas, como tema de traducción y comentario a los alumnos del Curso de Orientación Universitaria.

BUCOLICA PRIMERA

Introducción

Esta Bucólica es la primera dentro del orden que, probablemente desde Virgilio, se estableció para la publicación de todas las que comprende el género. La razón de figurar al frente de las demás bien pudo ser el carácter de dedicatoria al joven Octaviano, protector de Virgilio, que tiene esta Bucólica.

En el orden cronológico de su composición, no le corresponde tal lugar, sino más bien el octavo de las diez piezas virgilianas, pudiéndose, por otra parte, fijar casi exactamente la fecha de su redacción: el mes de agosto o septiembre del año 39 a. C.

Efectivamente, en este año se dio por los triunviros el decreto de la confiscación de tierras a favor de los veteranos de César, ejecutado al mismo tiempo en la Galia Cisalpina por su Gobernador Alfenio Varo, hecho que, podríamos decir, constituye el fondo del argumento de la Bucólica.

Según un dato de la misma composición, cuando estaba ausente de su ciudad el pastor Títero, que en parte representa a Virgilio, pendían maduros de los árboles sus frutos, lo cual hace pensar que en una región como la de Mantua, en el norte de Italia, esto no ocurriría antes de agosto o septiembre del citado año. Dato que puede admitirse, si no es que la inacción melancólica de Amarilis, al dejar cargados de frutos a los árboles, es un recurso más de la pastoral virgiliana.

Antes de entrar en el análisis del argumento, siguiendo los versos del poeta, conviene exponer brevemente lo que ya hemos dicho que constituye el fundamento histórico de la Bucólica.

El segundo triunvirato, formado por Marco Antonio, Lépido y el joven Octaviano, hijo adoptivo del dictador César, en noviembre del año 43 a. C., en la ciudad de Bolonia, acometió enseguida su verdadera finalidad, que no era otra, de momento, sino acabar con las últimas fuerzas republicanas, dirigidas por Bruto y Casio, asesinos de César, que leventaban cabeza al frente de un poderoso ejército en los campos de Grecia, propicios para la defensa de la libertad.

Allí se dirigieron Marco Antonio y Octaviano, batiendo en pocos días, y después de varia fortuna bélica, al ejército republicano, hasta conseguir el suicidio de los dos dirigentes y la adhesión de buena parte de la armada y del ejército a los triunviros triunfadores.

Como consecuencia de este hecho, Octavio quiere recompensar a los veteranos de César, después de su triunfo en Roma, se dedica a esta empresa que tanto había de irritar a las ciudades itálicas. El procedimiento fue el de la confiscación oficial de tierras con una vaga promesa de indemnización a sus legítimos poseedores.

Los veteranos eran ocho mil y cada uno de ellos debía recibir unas cincuenta hectáreas de terreno, aparte de baños, ganados y aperos de labranza, más los esclavos imprescindibles en una explotación de esta naturaleza. La «infeliz» Cremona, demasiado cercana a Mantua, la patria del poeta, fue elegida entre las dieciocho ciudades más ricas de Italia, que habían de ceder sus campiñas al «impío soldado» y al «bárbaro odioso».

Cremona se había distinguido, desde luego, por su amor al régimen republicano representado por Bruto y Casio, pero Mantua había tomado partido por Octavio. Asinio Polión, a la sazón Gobernador de la Cisalpina, amigo de Virgilio, su comensal, poeta como él y cultivador de «versos únicos dignos del coturno de Sófocles», fue relevado de su cargo cuando se disponía a ponerse al frente de las comisiones oficiales encargadas de la confiscación.

Fue sustituido por un hombre de toda confianza de Octaviano y que conocía bien la región, Alfenio Varo, a quien Virgilio le dedicó después la sexta Bucólica, y del que tanto esperaba para la conservación de su hacienda, como veremos luego en la Bucólica novena.

Pero las tierras de Cremona no eran suficientes y entonces Varo, que tenía propiedades en Mantua y antiguos resentimientos con los magistrados y gentes principales de la ciudad, pensó en Mantua y en sus cercanías para vengar así sus viejos rencores y cumplir exactamente su misión odiosa. A todo le daban derecho los omnímodos poderes de Octavio.

Virgilio sintió también turbada la paz de sus campos y de su casa paterna en la Arcadia feliz de su aldea, la pequeña y tranquila Andes. Ante la amenaza de evicción, Virgilio sale para Roma en agosto o septiembre del año 39 a. C., (en este caso es el Títero de la Bucólica), y en aquella ciudad, que sobresale tanto entre las demás ciudades «cuanto acostumbra entre las flexibles mimbreras los cipreses», logró, gracias a los buenos oficios de Mecenas, hombre de la confianza íntima de Octavio, y de Cornelio Galo, el poeta de los tristes destinos, una entrevista con el triunviro poderoso, de la que salió nuestro Virgilio profundamente esperanzado de cosevar sus campos.

Con esta esperanza dentro de su pecho regresó a Mantua. El joven Octavio, alma delicada también, sentía en el fondo compasión por aquellos pequeños propietarios, Títeros y Melibeos, que, ante las duras exigencias de la guerra y los compromisos ineludibles de los vencedores, tenían que hacer de víctimas obligadas. El joven—dios, señor de Roma, dio seguramente las mismas palabras de confianza a muchos Títeros que consiguieron traspasar el umbral de su morada en súplica de ver sus campos respetados.

(*) Catedrático de LATÍN y Director del Instituto de Bachillerato «Alfonso II», de Oviedo.

A esta ilusión, pues hemos de ver que en definitiva fueron sólo esperanzas no logradas, dio rienda suelta en su imaginación Virgilio con esta primera Bucólica, en lo que tiene de realidad histórica. La novena, aunque el tema es discutido y modernamente J. Bayet, entre otros, la tiene como un ensayo de la que considera mejor lograda, Bucólica primera, creemos nosotros, siguiendo la crítica de los antiguos escoliastas y de críticos actuales, que corresponde a la segunda realidad histórica de la vida de Virgilio, como en su lugar tendremos ocasión de comentar.

No obstante, no puede extremarse la conformidad del plano histórico con el de la acción bucólica. Ni la esencia y carácter especial de la pastoral lo permiten, ni nosotros, a distancia temporal y psicológica del cuadro en que se mueven los personajes, somos capaces de reconocerlo a cada momento.

Pero un hecho innegable salta del escenario de la Bucólica al de la historia real de la vida de Virgilio. Títo es el portavoz del poeta en lo que aquél manifiesta de alegría y optimismo por las buenas palabras escuchadas del joven-dios en Roma y en el reconocimiento sincero de viva gratitud que siente el pastor hacia su protector, Octavio.

Lo demás que el poeta nos dice de su Títo no conviene extremarlo pretendiendo buscar el nexo que lo una con el plano de la realidad histórica. Bellessort, en su original estudio sobre Virgilio, reconoce que el personaje Títo es una figura desconcertante, y Bethe hace notar la flagrante contradicción de la Bucólica al presentar como causa del viaje de Títo a Roma el conseguir la libertad y exponer, sin embargo, unos versos después que lo que consiguió fue que le permitieran, como antes, pastorear sus ganados y poseer sus campos.

He aquí el movimiento del diálogo entre Melibeo y Títo. Melibeo, que se encuentra en el campo guardando sus cabras, sorprende en el camino al pastor Títo gratamente recostado al pie de un haya, satisfecho de conservar sus campos y ganados, mientras los demás pastores, como Melibeo, se ven obligados a abandonar su patria.

Títo reconoce que es un dios quien le concedió, en la turbación general, tan grande dicha. Melibeo da rienda suelta a su pesar sin mezcla alguna de odio ni de envidia. Pone una nota de dulce melancolía al tener que abandonar dos cabritos gemelos recién nacidos, pero con sincero interés pregunta a su amigo por el dios que le favoreció tanto.

Títo, buen provinciano, se entusiasma ante la grandeza de Roma comparada con Mantua, que conoce, y satisfaciendo la curiosidad de Melibeo le responde que la libertad fue la causa que le animó a visitar la urbe.

Aunque esclavo y sin derecho legal para poseer hacienda, había juntado más que suficiente para conseguir la libertad, pero Galatea, de quien estuvo prendado, le consumía todo el fruto de sus trabajos. Ahora, aunque su barba de oro se tornó de plata, es Amarilis quien en su corazón manda y con ella ha economizado lo preciso para el rescate de su libertad. Con el dinero en la mano se presenta Títo en Roma, pues no de otra manera le está permitido salir de la esclavitud, y a la vez logra lo que más ansiaba, ver a aquel joven, que no nombra, pero cuyo nombre adivinamos, Octavio, que le concede la segura posesión de su peculio.

A la contradicción de Bethe, antes apuntada, puede responderse que la finalidad del viaje de Títo a Roma es doble, y ambas claramente señaladas en la Bucólica: pagar el precio de su libertad y solicitar la conservación de su hacienda. No hay por qué rechazar para el esfera puramente bucólica la libertad de Títo y para el plano de la realidad histórica la conservación de sus tierras. No hay contradicción entre ambas.

Melibeo, como antes, sin odio, pero con tristeza, sin envidia, pero con acento delicado de propia indignación, echa una mirada al paisaje, que es un último adiós a lo que ya no volverá a ver jamás, mientras Títo le interrumpe, sin es-

cucharle, para dar salida a la profunda emoción de agradecimiento hacia aquel dios cuya imagen tampoco podrá desaparecer nunca de su pecho.

Melibeo ha llegado a calar hondo con sus últimas palabras en el reconcentrado egotismo de su amigo Títo. Han producido efecto; el hondo dramatismo de que las reviste rompen la sensibilidad atrofiada de Títo y éste reacciona ofreciendo a su compañero la hospitalidad de sus viandas, de su lecho, pero sobre todo de su persona, más dulce y confortante en la melancolía de la naturaleza, al caer la tarde y hacerse de noche en el alma oprimida del pastor Melibeo.

Subrayemos brevemente unas cuantas características de esta primera Bucólica.

Si en otras composiciones podemos hacer notar la influencia particular de Teócrito, aquí Virgilio, como en pocas, es enteramente original. Ni a Polión, que pasa por ser el consejero e impulsor del género, ni al poeta siracusano les debe nada Virgilio. La Bucólica es de fuerte tensión dramática, con acentos más vivos por ser, además, personal y reflejar la realidad de la vida social y política circunstante.

Poco es, por otra parte, lo que puede reducirse al plano de lo pastoral, mundo idealizado al que Virgilio dio creación en otras Bucólicas con preferencia. La huida de la ciudad y el refugio en la naturaleza idealizada es, en la primera Bucólica, vibración natural de dos pastores, pedazos mismos de la tierra, que sienten casi físicamente el desgarramiento de su separación. El tema es, diríamos, de palpitante actualidad, no literario, aunque esté descrito con el ropaje brillante de la mejor literatura. Los sentimientos de sus personajes son auténticos y sentidos, no ficticios ni caprichosos. El escenario geográfico, que tanto juega como elemento decorativo de primer orden en la poesía pastoril pura, es aquí un trozo de la Italia celta, bien conocida por sus contemporáneos. Los campos que conservará Títo son... los que siempre poseyó: un corto pueblito, pedregoso a veces, encharcado otras por una laguna de limosos juncos, corrientes de agua conocidas, los sauces que les dan sombra y las abejas que zumban desde el hueco de la sagrada encina.

En suma: fuerte realismo de ideas, paisajes y personas, templado solamente por la cálida imaginación y la honda espiritualidad del alma serena de Virgilio.

BUCOLICA I

Títo

Melibeo. — ¡Títo! Recostado tú bajo la fronda de una extendida haya ensayas pastoriles aires con tenue caramillo; nosotros abandonamos los lindes patrios y nuestros dulces campos; de la patria huimos; tú, Títo, despreocupado a la sombra, enseñas a las selvas a resonar el nombre de tu hermosa Amarilis.

Títo. — ¡Oh Melibeo! Un dios (1) fue quien nos concedió este descanso, pues él será siempre para mí un dios; su altar, un tierno corderillo de nuestros rebaños, lo bañará frecuentemente con su sangre. El fue quien, como ves, permitió que mis vacas vagasen libremente y que yo mismo, con rústica zampoña, cantase lo que me viniera en gana.

Melibeo. — Ciertamente no te envidio, más bien me maravillo; ¡tan grande es la turbación que en toda la extensión de la campiña reina! A mí mismo aquí me tienes arreando con aflicción mis cabras; ésta también con dificultad, ¡oh Títo!, la llevo, pues aquí entre los espesos avellanos con duro esfuerzo acaba de parir, ¡ay!, sobre la desnuda roca dos gemelos, esperanza de mi rebaño. Muchas veces, recuerdo, estaba entonces mi espíritu obcecado, nos predijeron este

(1) Se refiere Títo a Octavio, que en la confiscación general de bienes le ha permitido conservar los suyos.

mal las encinas heridas por el rayo. Mas dinos ya, Titiro, qué clase de dios es ese tuyo.

Titiro. — La ciudad que llaman Roma, ¡oh Melibeo!, pensé yo, necio de mí, que era semejante a esta ciudad nuestra (2) adonde solemos con frecuencia los pastores llevar los ternos recientes destetados de las ovejas. De esta manera era como yo veía parecerse los cachorros a las perras y los cabritos a sus madres, así tenía por costumbre comparar lo pequeño con lo grande. Pero esta ciudad levantó tanto su cabeza entre las demás ciudades cuanto acostumbran entre las flexibles mimbreras los cipreses.

Melibeo. — ¿Y cuál fue la causa tan importante de visitar tú Roma?

Titiro. — La libertad, que tardía volvió, empero, los ojos a quien nada hizo por ella, cuando ya mi barba caía para quien la rasuraba cada vez más blanca; ella por fin me tornó los ojos y, después de un largo tiempo, vino, cuando ya es Amarilis quien nos tiene y Galatea dejó de poseernos. Pues he de confesarlo, mientras estaba en poder de Galatea, ni esperanza de libertad tenía ni cuidado de mi hacienda. A pesar de que de mis setos saliesen abundantes víctimas y de que se prensasen grasos quesos para la ciudad ingrata, jamás volvía a mi casa con la mano cargada de dinero.

Melibeo. — Me admiraba yo porque, triste, llamabas a los dioses, Amarilis; en honor de quién dejabas pendientes en los árboles sus frutos: estaba ausente de aquí Titiro. Sí, Titiro, los pinos mismos, las mismas fuentes y estas mismas florestas te llamaban.

Titiro. — ¿Qué hacer yo? Ni de otro modo podía abandonar la servidumbre ni conocer en otra parte dioses tan propicios. Aquí vi yo, ¡oh Melibeo! a aquel joven (3) en cuyo honor todos los años doce días humean nuestros altares. Fue allí cuando él al punto dio respuesta a mi demanda: «pastoread como antes, muchachos, vuestras vacas, criad los toros» (4).

Melibeo. — ¡Viejo afortunado! ¡Así pues conservarás tus campos! Y en una extensión suficiente para ti, aunque la piedra desnuda y una laguna de limosos juncos cubra todos tus pastos. Un forraje extraño no perjudicará a tus ovejas preñadas ni les dañará el nocivo contacto del rebaño vecino. ¡Viejo afortunado! Aquí, en medio de corrientes de agua conocidas y de sagradas fuentes, tomarás el frescor de la umbria. De una parte, junto al lindero vecino, al igual que siempre, el cercado en que las abejas del Hibla (5) liban la flor del sauce te invitará frecuentemente con su suave susurro a adormecerte suavemente; de otra, bajo el elevado risco lanzará al aire sus tonadas el podador y, mientras tanto, ni las roncas torcaces, que son cuidado tuyo, ni la tórto-la cesará en su llanto desde el elevado olmo.

Titiro. — Pues antes pacarán los ligeros ciervos en el aire y a la playa arrojarán los mares los desnudos peces, antes, después de haber recorrido desterrados unos de otros los confines, beberá el Parto en el Arar o la Germania en el Tigris (6), que la imagen de aquel dios desaparezca de mi pecho.

Melibeo. — Pero nosotros de aquí nos iremos, unos a los sedientos Africanos, otros vendremos a la Escitia y al Oaxes

(2) «Nuestra ciudad» es para Titiro Mantua, pues aunque Virgilio, representado por aquél, era natural de la aldea llamada Andes, ésta se encontraba muy cerca de la ciudad de Mantua.

(3) Otra vez se refiere a Octavio, a la sazón joven todavía, pues la acción de esta Bucólica tiene lugar en el año 39 a. C., fecha en la que Octavio contaba 24 años. En su honor, como en honor de los dioses Lares, ofrece un sacrificio al comienzo de cada uno de los meses del año.

(4) No «someted los toros», como entienden equivocadamente otros, en el sentido de domesticarlos o ponerlos bajo el yugo, sino en el de criarlos para sementales.

(5) Hibla, monte de Sicilia, célebre por su flores, pasto de abejas que daban afamada miel.

(6) Cita pueblos y ríos extremos de Oriente y de Occidente del Imperio, para hacer más visible el contraste y la dificultad. El Tigris en la frontera de los Partos, el Arar, hoy Saona, no lejos de Germania.

(7), que arrastra en su corriente arcilla, y a los Britanos, separados completamente de todo el mundo. ¿Acaso no veré yo nunca, aun después de un largo tiempo, las fronteras de mi patria y la techumbre de mi pobre cabaña cubierta de césped y, contemplando mis posesiones, no me maravillaré algún día de hallar algunas espigas? ¿Un impio soldado poseerá estos tan bien cuidados campos? ¿Un bárbaro estas mieses? ¡He aquí adónde condujo a los miserables ciudadanos la discordia! ¡Para éstos sembramos nosotros nuestros campos! ¡Injeta ahora los perales, Melibeo, alinea tú las vides! Marchad, cabrillas mías, rebaño, en otro tiempo, próspero, marchad: ya no os contemplaré más tumbado a la entrada de una verde gruta, colgando a lo lejos de un risco cubierto de maleza; no cantaré canciones; bajo mi cayado, cabrillas mías, no ramonearéis el cantueso en flor ni los amargos sauces.

Titiro. — Sin embargo podías descansar aquí conmigo en esta noche sobre las verdes hojas. Tenemos frutas maduras, castañas tiernas y abundante queso, y ya a lo lejos humean los altos tejados de los caseríos y las sombras se agigantan al caer de los elevados montes.

BUCÓLICA NOVENA

Introducción

Según dejamos sentado en la Introducción de la Bucólica primera creemos que no puede entenderse la presente composición si no es como correspondiendo a la segunda realidad histórica de la vida del poeta. En el mismo plano que aquélla, es todavía más personal y dramática, pudiéndose seguir su unidad ininterrumpida, aunque esté encuadrada en un marco pastoril que la embellece, con alusiones al Idilio VII, «Talisias», de Teócrito.

Según los comentarios de Claudio-Donato en el siglo IV, Virgilio, que ante las bellas promesas del Gobernador Afeno Varo había marchado a Roma a defender su causa ante el mismo Octavio, volvió esperanzado a Mantua, como tuvimos ocasión de ver en la Introducción de la primera Bucólica. Pero al pisar el umbral de su rústica morada en la pequeña Andes fue desagradablemente sorprendido con que «un extraño poseedor de su pobre campo le dijera: esto es mío, fuera los antiguos dueños».

Fiado empero Virgilio en la virtud de sus versos y en la amistad de ciertos poderosos osó resistir el decidido empeño del nuevo propietario, el centurión Arrio, quien, de súbito talante, como viejo soldado, echó mano a la espada, viéndose obligado Virgilio a huir para salvar la vida.

Saltó al Mincio, cruzó su anchura, ganó la orilla opuesta y resuelto ya a no volver a ver sus campos y ganados, se dirigió a Roma para siempre.

Los versos que Virgilio les dedicaba no valieron entre las armas de Marte, al decir del poeta, más que una banda de palomas sorprendidas por el águila.

Ya en Roma procuró acomodarse a la nueva situación y, siguiendo el consejo de viejos amigos, se instaló temporalmente en la antigua residencia del filósofo epicúreo Sirón, donde precisamente junto con Varo había aprendido, al decir de Servio, la doctrina que expone el poeta en la Bucólica VI por boca de Sileno.

¿Cómo compaginar este cuadro de historia tradicional con los datos de la vida real que aparecen en esta Bucólica envueltos en el velo poético de la pastoral? Opinamos que sin violencia alguna, y concediendo lo suyo a la poesía pastoril, puede seguirse el nexo de la Bucólica y de la Historia.

Es evidente que ambas composiciones, primera y novena, desarrollan el motivo fundamental de las confiscaciones de tierras. En la primera el poeta, por boca de Titiro,

(7) Oaxes, río de la isla de Creta. Muchos autores lo identifican en cambio con el Oxus, hoy Amu-Daria, que desemboca en el mar de Aral (Asia Central), por no tener sentido la alusión de Virgilio a Creta entre las citas de países, confines del mundo antiguo.

muestra su esperanza y su gratitud. En la novena da por descontado el hecho de la pérdida de sus campos, alegóricamente atribuidos a Menalcas. Para poder concordar ambas Bucólicas con la vida del poeta, según la cuentan sus primeros biógrafos es preciso admitir la prioridad temporal de la 1ª sobre la 9ª, aunque la distancia sea de pocos meses, tal vez la última a finales del mismo año 39 a. C.

El argumento es el siguiente. El pastor Meris, camino de Mantua, es sorprendido gratamente con el saludo del pastor Lícidas, que se le une al viaje. Este primer encuentro y el itinerario juntos son un fiel reflejo del *Idilio VII*, donde Simicidas, marchando a las fiestas Talisias, se encuentra con Lícidas y hacen juntos el camino recitando versos. Virgilio alude sin nombrarla a su ciudad, como al final de la misma Bucólica aparecerá más claro.

Explica Meris el objeto de su viaje: llevar dos cabritos al nuevo propietario, que ha desalojado a su antiguo dueño. Ante la sorpresa de Lícidas, pues que había oído que los versos de Menalcas fueron la garantía de la conservación de sus campos, le responde el esclavo Meris negativamente y le añade que para salvar la vida su amo y él tuvieron que renunciar a todo procedimiento de evicción.

Bayet, que, como dijimos, cree en la prioridad de esta Bucólica sobre la primera, llega a suponer, apoyado en estos versos, una acción jurídica de Virgilio para defender sus bienes. La alusión al atentado del centurión Arrio contra Virgilio nos parece a nosotros clara en este lugar.

Al oír Lícidas esta declaración de Meris, él, que es poeta y gusta de la poesía, se lamenta de que haya estado a punto de serle arrebatada la dulce compañía del cantor de las Ninfas y pastores, y dirigiéndose idealmente a él le recuerda los versos que el mismo Menalcas compuso al ir al encuentro de Amarilis: «Títiro, mientras vuelvo, el camino es corto, etcétera». Son versos, fiel reflejo de aquéllos de Teócrito en el *Idilio III*: «Títiro, mi tierno amigo, apacienta mis cabras y llévalas a la fuente, Títiro, y cuida con el macho, que no te hiera».

Los tres hexámetros de Virgilio poseen una gracia incomparable y, sobre todo, un ritmo ondulatorio musical exento de todo lastre.

La memoria de Lícidas es tan fiel como su afecto. Siguen recordando versos, mientras hacen el camino bordeando montes y riberas. Ahora recita Meris los que Menalcas compuso, sin limar todavía, para Varo: «Varo, tu nombre, con tal que Mantua nos sea conservada...», etcétera. Pero Mantua no le fue conservada y el Menalcas Virgilio se vengó inocentemente de la promesa incumplida por el poderoso Varo no puliéndole los versos que prometían elevar su nombre esclarecido al cielo.

Lícidas no quiere alternar. Reconoce su inferioridad y pide a Meris que cante los versos que recuerde. Como pastor y poeta, aunque en un mundo feliz, sabe Lícidas de escuelas y poetas y de las rivalidades auténticas entre ellos y alude claramente a nombres y gustos de su época. Esta es otra cualidad de la poesía pastoril en Virgilio, que no pierde nunca del todo el contacto con la realidad del mundo en que vive. Ahí están los nombres de Varo, Cinna y del mismo Anser, sus contemporáneos. Calidad que fue fuente de inspiración en toda la poesía pastoril del Renacimiento, tan llena de alusiones a los poetas de la época.

Meris canta después de un momento para recordar: «Ven aquí, Galatea... Deja que azoten la playa las furiosas olas». Pero Lícidas, que le saben a poco los versos recitados, quiere escuchar precisamente aquéllos que oyó cantar al poeta a solas bajo un cielo estrellado: «Dafnis, ¿a qué contemplas el orto de antiguas constelaciones?... Injerta tus perales, Dafnis, tus nietos cogerán las pomos». Alude, con un claro sentido poético y realista a la vez, a los pronósticos sobre la cosecha que está a punto de llegar. Es el signo de César, tal vez engañoso, prometededor de la abundancia y de la dicha.

Pero Meris no pudo más. Le falla la memoria, se le apaga la voz, pero sobre todo, aunque no lo diga, le ahoga la emoción. En vano insiste Lícidas, deseoso de entretener el camino oyendo bellos versos. Estamos ya a la mitad de la jornada, se divisa ya el sepulcro de Bianor, el fundador de la ciudad, y el lago Bénéaco aparece dormido al callar el viento.

Con estas pinceladas tan concretas del paisaje mantvano termina el ruego, incitando a su compañero a descansar sentándose al pie de un haya del espeso bosque. En Teócrito dice lo contrario: «No estábamos aún a mitad del camino y no veíamos aparecer todavía el sepulcro de Brasilas».

Todo en vano. Es ya tarde y la noche con la lluvia puede sorprendernos. Tal es el pensamiento de Meris. Señalamos como nota melancólica de la naturaleza el acabarse el día y cerrarse también la ilusión en el corazón amargado del fiel esclavo Meris, que deja, sin embargo, abierto un resquicio a la esperanza de que pueda llegar el mismo Menalcas y entonces cantarán a placer lo que deseen.

Un hermoso cuadro por fondo el bello paisaje de montañas y laderas siempre verdes de la Italia céltica y en primer plano dos figuras simpáticas de pastores, de urbana educación y fina sensibilidad, que al hablar de un tercer pastor, que se dibuja en perspectiva, dejan en sus palabras un perfume de dulzura y de sincero encomio que agrada al alma.

BUCOLICA IX

Lícidas, Meris

Lícidas. — ¿Adónde, Meris, diriges tus pasos? ¿Acaso adonde conduce el camino, a la ciudad?

Meris. — ¡Oh Lícidas! Hemos vivido lo suficiente para llegar a ver, (lo que nunca jamás temimos), que un extraño poseedor de nuestro pobre campo nos dijera: «Esto es mío; fuera los antiguos colonos». Ahora, vencidos y llenos de tristeza, puesto que todo lo trastorna la fortuna, le enviamos a él estos cabritos (que mal provecho le hagan).

Lícidas. — Sin embargo tenía yo entendido que todo el terreno que hay desde donde empiezan las colinas a humillarse y a descender la cima en pendiente suave, hasta llegar a la ribera y al viejo hayedo, copas desmochadas ya, lo había conservado todo tu Menalcas en gracia de sus versos.

Meris. — Habías oído bien, que así corrió la voz pero pueden tanto nuestros versos, ¡oh Lícidas! entre las armas de Marte, como, según dicen, las palomas Caonias (1) al venir el águila. Y si antes la corneja, por el lado izquierdo (2), no me hubiera advertido desde la hueca encina que cortase por cualquier procedimiento nuevas contiendas, ni este Meris tuyo ni el mismo Menalcas vivirían.

Lícidas. — ¡Ay! ¿Cabe en alguien una maldad tan grande? ¡Ay! ¿Tu solaz estuvo a punto de sernos arrebatado junto contigo, Menalcas? ¿Quién cantaría entonces a las Ninfas? ¿Quién de hierba en flor sembrara el suelo, o cubriera de verde sombra las fuentes? o ¿quién compondría estos versos que te sorprendí en silencio el otro día, cuando te dirigías a Amarilis, nuestro encanto?: «Títiro, mientras vuelvo (el camino es corto), cuida mis cabrillas y, después de apacentadas, llévalas al agua, Títiro, y al llevarlas, cuida de enfrentarte con el macho, que hiere con el cuerno».

Meris. — O mejor estos otros, que, sin acabar aún, cantaba para Varo: «Varo, tu nombre, con tal que Mantua nos sea conservada, Mantua, ¡ay!, demasiado cercana de la infe-

(1) De Caonia, región del Epiro, donde había un santuario en honor de Júpiter, rodeado de encinas sagradas, morada de palomas.

(2) «Sinistra cornix». Los presagios provenientes del lado izquierdo eran de buen augurio para los romanos; en cambio para los griegos lo eran los de la derecha, según la frase de Cicerón: «ita nobis sinistra videntur, Graiis et barbaris dextra, meliora».

liz Cremona, los cisnes con su canto lo elevarán esclarecido al cielo» (3).

Lícidas. — Huyan así los tejos corsos tus enjambres (4), así tus vacas pastadas con cantueso retesen sus ubres; comienza, si algo tienes. También a mí las Piérides hiciéronme poeta; también yo tengo versos; a mí también me llaman vate los pastores; pero yo no les doy fe, pues pareceme no cantar todavía cosas dignas de Varo ni de Cinna, sino que cual ánsar (5) grazno entre armoniosos cisnes.

Meris. — Es eso precisamente lo que yo hago, Lícidas, y, en silencio, doy vueltas a mi mente por ver si puedo recordarlos, ya que los versos no son del todo sin valor: «Ven aquí, Galatea, pues ¿qué distracción hallas en las ondas? Aquí una primavera del color de púrpura, derrama aquí la tierra al borde de las aguas variadas flores, aquí un blanquecino álamo se inclina sobre la tierra y la flexible vid entrelaza sombras. Ven aquí, deja que azoten la playa las furiosas olas».

Lícidas. — ¿Y los versos que yo te oí cantar a solas bajo una noche serena? Recuerdo el ritmo, ¡si supiera la letra! «Dafnis, ¿a qué contemplas el orto de antiguas constelaciones? He aquí que avanza el astro de César, hijo de Dione

(6), el astro con el que los campos gozarán de frutos y con el que los racimos cobrarán color en las colinas soleadas. Injerta tus perales, Dafnis, tus nietos cogerán las pomas».

Meris. — Todo se lo lleva el tiempo, aun la memoria; recuerdo yo que de joven con frecuencia me estaba cantando hasta ponerse el sol; ahora se me han olvidado todos aquellos versos; la misma voz abandona ya también a Meris; los lobos vieron a Meris los primeros (7). Mas estos versos te los repetirá Menalcas muchas veces.

Lícidas. — Con pretextos vas alargando mis deseos. Y eso que ahora en silencio y tendida está en tu honor la llanura de las aguas (8) y ¡mira! las auras todas cesaron su murmullo ventolero. Henos aquí justamente en el medio del camino, pues ya empieza a aparecer el sepulcro de Bianor (9). Aquí, donde los campesinos limpian la espesa fronda, aquí, Meris, cantemos; descarga aquí los cabritos, tiempo hay de llegar a la ciudad. O si tememos que la noche nos sorprenda con la lluvia, vayamos cantando hasta llegar (molesta así menos el camino), para marchar cantando, yo te aliviaré de la carga esta.

Meris. — Basta ya, muchacho, y prestos ahora a lo que urge. Mejor ocasión de cantar será cuando el mismo Menalcas esté de vuelta.

(3) El mismo L. Alfeno Varo de la Bucólica sexta, del que tanto confiaba Virgilio, representado aquí por Menalcas, para conservar sus bienes. Ni Varo le sirvió de nada ni el Virgilio-Menalcas le terminó los versos. Aunque Mantua tomó el partido de Octavio, no así la infeliz Cremona, decidida partidaria de los fervientes republicanos Bruto y Casio.

(4) Córcega abunda en tejos, que los antiguos creían venenosos, y lo son efectivamente para el caballo, pero sirven de alimento a las abejas, comunicando a la miel un sabor agrio que Lícidas no desea para su amigo.

(5) Juego de palabras intraducible. La palabra latina «anser», que significa ánsar o ganso, también puede traducirse por el nombre de un poetaastro enemigo de Virgilio, Anser.

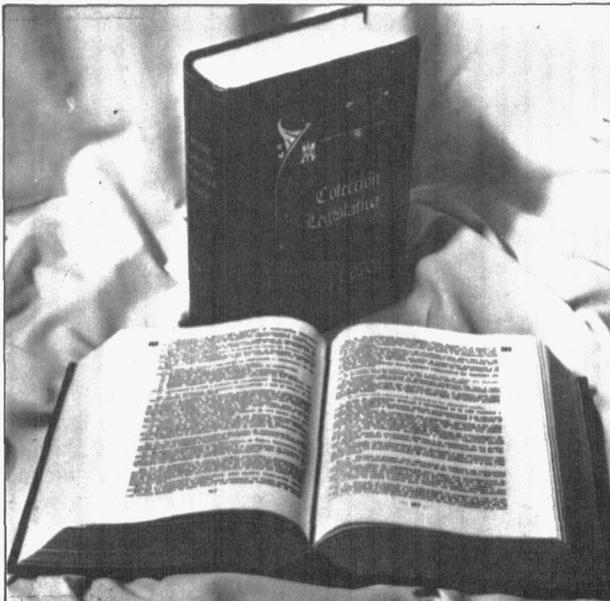
(6) Dione, madre de Venus, y ésta y Anquises, padres de Eneas, del cual decía descender la Gens Iulia, de donde el sobrenombre de Dioneo a César.

(7) Según Servio era superstición corriente, confirmada por los médicos, que perdía la voz aquél que avistaba el primero a un lobo.

(8) La llanura de las aguas, «aeuora», es el lago Benacus, el Garda actual, que semaja un pequeño mar.

(9) Bianor es un personaje desconocido, tal vez algún héroe local, fundador de Mantua.

COLECCION LEGISLATIVA



INDICE ANALITICO 1940-1975
(tomos I y II)

INDICE CRONOLOGICO 1 940-1975
(tomo III)

Cuatro mil páginas en las que se sistematizan casi diez mil disposiciones sobre la materia educativa. Un instrumento útil de conocimiento en el profuso y complicado campo de las disposiciones relativas a la enseñanza durante el período 1940-1975.

Encuadernados en guaflex, color verde.
Precio de los tres volúmenes: 6.000 ptas.

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia



Venta en:

— Planta baja del Ministerio de Educación y Ciencia. Alcalá, 34. Madrid-14. — Paseo del Prado, 28. Madrid-14.
— Edificio del Servicio de Publicaciones. Ciudad Universitaria, s/n. Madrid-3. Teléfono: 449 67 22.